

ALGUNAS PERCEPCIONES SOBRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

Hablan los jóvenes

Silvia Ochoa Rivero



EL ARTÍCULO QUE PRESENTAMOS a continuación recoge y sugiere pistas para la reflexión acerca de lo que significa lo masculino y lo femenino para los adolescentes y jóvenes entre los 14 y 19 años en el contexto urbano sur andino. Para este trabajo tomamos como material de base, de un lado, los registros de observación de las expresiones de algunos jóvenes en talleres de sexualidad y, de otro, las encuestas elaboradas y desarrolladas entre 1991 y 1992 en los llamados «pueblos grandes» de Cusco (Yanaoca, Pampamarca, Tungasuca), en el contexto de la investigación participativa «La juventud surandina comparte su problemática y perspectivas». En este material indagamos acerca de la percepción de los jóvenes respecto a los roles sexuales que son asignados a cada género y cómo son asumidos por ellos.

Las percepciones serán entendidas como un conjunto de imágenes sobre lo femenino y lo masculino basadas en un elemento objetivo, pero resignificadas subjetivamente por las experiencias. Al mencionar los roles sexuales nos referiremos al aspecto más funcional, es decir,

SILVIA OCHOA RIVERO

a las tareas asignadas a los jóvenes desde la familia y la sociedad en función de su condición de género, masculino y femenino. Trataremos de recoger las inquietudes de los jóvenes al asumir estos «encargos» en el contexto de los pueblos grandes del Sur Andino, afectados por la migración y la «modernidad». Finalmente plantearemos algunas relaciones entre los roles sexuales y la formación de la identidad sexual en el joven.

LOS ADOLESCENTES PROPONEN

Cuando nos solicitaron preparar charlas sobre sexualidad dirigidas a jóvenes que vivían en ciudades pequeñas cercanas a Cusco, surgieron muchas dudas respecto a la eficacia de una charla para responder a una demanda que no terminábamos de comprender. Los adultos que nos hacían llegar el pedido de los jóvenes se sentían incómodos de hablar al respecto, pero alentaban este espacio y la mayor asistencia posible a través de charlas masivas. En una oportunidad, al pedirnos una charla, un grupo de maestros comentó: «Ellos quieren que se les hable del tema. Cualquier cosita que les diga está bien. Hace falta encaminarlos y darles consejo...». Con su silencio y sin plantear otra idea, los jóvenes parecían estar de acuerdo al comienzo. Pero en realidad, ¿qué querían escuchar? ¿qué estaban pidiendo los jóvenes, especialmente cuando el contexto era un grupo juvenil cristiano, conformado por una mayoría de mujeres?

Esta interrogante fue el primer asunto que tratamos de comprender al acercarnos a los jóvenes. Percibimos una gran tensión inicial que muy lentamente se iba transformando en participación. «Queremos saber más... aclarar algunas ideas», manifestaban y luego comenzaban tímidamente una larga lista de temas de fisiología, creencias, actitudes y criterios morales, generalmente bajo la forma «¿es normal...?», «¿está bien que...?», «¿por qué...?».

PERCEPCIONES SOBRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

Las dudas sobre el manejo de su sexualidad y sobre la comprensión de la sexualidad del otro eran semejantes a aquellas que años antes habíamos observado en otros grupos de adolescentes de zonas urbano marginales en la ciudad de Lima. Las preocupaciones eran similares, pero la información que manejaban en relación al desarrollo fisiológico era menor. De otro lado, la expresión y la comunicación grupal generaban mayor ansiedad en los participantes, quienes solían expresar con sus silencios, risas y rumores, la dificultad de poner en palabras los sentimientos y las emociones que generaban algunos temas de los que casi nunca se habla.

La demanda de los propios jóvenes, si bien era un paso importante en el reconocimiento de sus necesidades, era entendida por ellos como un espacio para *escuchar* sobre el tema y, tal vez, formular alguna pregunta al final. Como alternativa, planteamos trabajar bajo la modalidad de talleres (entendidos como espacios de trabajo colectivo), orientados a analizar las dudas y preocupaciones que nos habían manifestado sobre «la normalidad» en el comportamiento de cada género. Así iniciamos el trabajo, considerando que en este acercamiento debíamos facilitar la participación y comunicación grupal.

A partir de este encuentro, intentamos aproximarnos a algunas de las percepciones de los jóvenes sobre lo femenino y lo masculino, aspectos que consideramos esenciales para el trabajo de acompañamiento a estos grupos.

HABLAR DE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

A veces resulta extraño e incómodo preguntar por lo más cotidiano y por las características personales. Cuando los jóvenes son enfrentados a la tarea de definir su propio género, dibujan en sus rostros una expresión que nos da a entender que estamos preguntando por cosas obvias,

SILVIA OCHOA RIVERO

sugieren que nosotros expliquemos qué es lo femenino y lo masculino.

En este período de su vida encuentran problemas para ensayar una conceptualización, posiblemente porque es un aspecto aún por definir y porque es difícil hablar de algo que se practica sin establecer un nivel de conciencia al respecto. En una reunión un jovencito intervino riéndose:

«Míranos, así somos: los hombres a un lado y las mujeres a otro, callados cuando tenemos que hablar».

Una respuesta muy gráfica y esclarecedora de lo que sería la dinámica, la participación de los varones, las percepciones de los jóvenes centradas en lo concreto e inmediato, la frescura de algunas de sus respuestas y el pedido de escucha y de atención. Nuestra tarea sería descubrir el valor de las cosas obvias, inferir para seguir afinando la observación.

De momento intentaremos focalizar nuestra mirada en la percepción de los jóvenes respecto a su propio género. Debemos advertir que debido a la cantidad de material de procedencia femenina, hemos podido hacer un mayor análisis respecto a la autopercepción de las mujeres.

Desde los primeros comentarios de los jóvenes, notamos una valoración diferenciada de la imagen de cada género. Cada uno mira características distintas en lo masculino y femenino. La única cualidad común y constante en la percepción de los jóvenes es en relación al trabajo: «trabajamos en donde sea», señalan los varones; «somos muy trabajadoras», reconocen las mujeres. Ambos géneros destacan el trabajo y se perciben eficientes en él. La dimensión de *lo productivo* está muy presente en su valoración. Esto es particularmente interesante porque «ser trabajador» es también una cualidad deseada en la pareja ideal, de acuerdo a lo que refieren ambos géneros.

PERCEPCIONES SOBRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

La valoración de los jóvenes respecto al trabajo coincide con la importancia que otorga la cultura andina a lo productivo. Recordemos que en el contexto rural andino, las actividades y comportamientos de cada género tienen un valor funcional para la organización del trabajo, que incide en *la diferencia*, pero destaca *la complementariedad* en el rol de cada género (Harris, 1985). Sin embargo, fuera del contexto rural, la nueva división del trabajo modifica el sentido de lo complementario en la relación entre géneros. Muchas veces la diferenciación de cada género se convierte en discriminación, como veremos más adelante.

Conforme vamos avanzando en el trabajo, encontramos que, a pesar de existir un fuerte estereotipo frente a lo masculino y lo femenino, algunos rasgos de los jóvenes establecen matices en su percepción. Así, la edad es uno de los criterios que establece particularidades en la imagen de cada género.

Las características del crecimiento de los púberes acentúan un sentimiento negativo respecto a su rol social, las desventajas que perciben por ser varón o mujer son motivo de conflicto. Al respecto Elena, una adolescente de 16 años de una provincia de Cusco, comenta:

«Ahora más que antes, yo quisiera ser como mi hermano que no tiene que trabajar en la casa, ni pedir permiso y puede tener amigas y enamorada...».

Es constante la queja de las mujeres por sentirse desfavorecidas con el rol asignado. Sus comentarios incluyen al varón como referente, por ello sus quejas son en comparación a ellos. La falta de libertad, de oportunidades de socialización son permanentes. En sus discursos dejan ver un futuro agobiado de quehaceres, se perciben sufridas, dominadas, poco valoradas.

De su lado, los varones adolescentes también ven en su crecimiento y en su masculinidad una amenaza por la presión social. Al respecto, Juvenal (15 años) señala:

SILVIA OCHOA RIVERO

«Casi a nadie le he contado... Yo no quiero hacer servicio militar, me han contado las cosas que tienes que hacer para demostrar que eres macho. Cuando vienen a reclutar quisiera dejar de ser hombre, tener menos edad, escaparme del pueblo o esconderme.»

Observando este tipo de comentarios y actitudes de los jóvenes se puede advertir que las desventajas asignadas a su rol sexual son una preocupación latente, pocas veces expresada. Las limitaciones para cada género y las sobreexigencias y presiones sociales son situaciones que generan rechazo, en algunos casos rebeldía, pero con más frecuencia resignación, silencio o escape.

El reconocimiento que ellos hacen respecto a las desventajas de su género habla de sus dificultades para responder a las exigencias familiares y sociales. Sin embargo, al igual que en otros grupos sociales, los varones en las provincias son los que primero se sobreponen a lo negativo y declaran sentirse satisfechos de su masculinidad, reconocen las ventajas y se sienten seguros en el rol que deben desempeñar. Con esta actitud grafican la manera cómo parte de su masculinidad, está en mostrarse fuertes frente a las dificultades.

LO MASCULINO

«Los hombres somos fuertes, recios, trabajamos en donde sea, nos gusta superarnos...dejamos llorando al que nos moleste...»

La imagen que nos transmiten los varones respecto a su género refiere fuerza, poder y control sobre otras personas y situaciones. Hay un tono ambicioso, seguro y confiado en sí mismo.

Inicialmente, los varones nos hablan de su manejo de situaciones externas con cierto orgullo, mencionan cómo

PERCEPCIONES SOBRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

emplean sus recursos y su agresividad para hacerse un espacio y no ser molestados. Sin embargo, la imagen que nos transmiten acerca de lo masculino está puesta en términos del ideal que tienen. Ellos desean tener las cualidades de las figuras masculinas que ejercieron poder sobre ellos (padre, padrastro, tío, profesor) y que muchas veces no pudieron enfrentar; inconscientemente buscan parecerse a ellos y llegar a tener poder para relacionarse con otros.

Al hablar de lo masculino, los varones mencionan con orgullo sus cualidades físicas para el trabajo en el campo, con lo cual vuelven a valorar su rol frente a lo productivo. Consideran además que tienen muchas posibilidades de diversión. En relación a las mujeres se perciben más racionales, menos impulsivos y sentimentales que ellas. Sienten mayores expectativas sobre ellos y una fuerte presión social respecto a sus opiniones.

«Siempre nos consultan a nosotros. En mi casa, aunque mi hermana es mayor, a mí me consultan...»

«Sí, me gusta ser hombre, tenemos más fuerza para trabajar, entendemos más de algunas cosas. En mi casa, como casi mi papá no está, yo mando».

Los varones reconocen su ubicación privilegiada en el contexto familiar y nos sugieren con sus comentarios la presencia de familias tradicionales en las que existen rasgos de una ideología patriarcal y machista.

Al hablamos de sus familias, dibujan la imagen materna tradicional. La relación de la madre con el varón es un tanto permisiva, pero de mucha protección y apoyo. Posteriormente la esposa asumirá la misma actitud. De esta manera los varones resolverán a través de las mujeres sus necesidades de apoyo.

Finalmente, a pesar de las constantes quejas femeninas frente a los varones, se transmiten ideas y valores machistas en la familia.

SILVIA OCHOA RIVERO

LO FEMENINO

«¿Las mujeres?... somos más responsables, nos preocupamos de muchas cosas...nos entendemos entre nosotras y nos ayudamos...trabajamos mucho, podemos soportar más, por eso tenemos hijos...»

Las mujeres destacan en lo femenino, junto al rol materno, algunos valores morales. Reconocen sus cualidades. Nos sugieren una fortaleza interna necesaria para soportar preocupaciones, entender y apoyar a otros.

Se sienten enfrentadas a tareas que, en algunos casos, pueden resolver. Sin embargo, en la mayoría de ellos deben cargar con esas tareas indefinidamente. Cuando recogemos sus comentarios, observamos que la presencia de lo materno es inherente a su definición de lo femenino, pero reconocida como un peso o carga natural a su condición de mujeres: «podemos soportar más, por eso tenemos hijos...»

Es curioso encontrar, en un primer momento, temáticas de mujer adulta (como la maternidad) citadas por las adolescentes. Desde esta lectura, parecería que la adolescencia de las mujeres es invadida por las preocupaciones adultas.

Tal vez por ello sea común escuchar que, en estas zonas, es difícil ver un período de juventud propiamente dicho. Pareciera que del período de la niñez o la pubertad se transita directamente hacia la adultez. Sin embargo, desde nuestra observación pensamos que es más probable que se trate de una fuerte represión de los temas adolescentes, más que la inexistencia de los mismos. Estos temas aparecen en algunos momentos mencionados como fantasías y temores, que van creando una fuerte tensión en relación a la propia identidad sexual. De esta manera, no es difícil comprender por qué la mayoría de las mujeres en la urbe, especialmente las de procedencia rural, señalan que la sexualidad no es una fuente de placer.

PERCEPCIONES SOBRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

Muchas jóvenes niegan el conflicto de su deseo sexual y prefieren evitar la tensión interna diciendo: «a mi no me interesan los varones». De esa forma se inhibe el deseo durante algún tiempo hasta que, casi por accidente, de pronto, se ven confrontadas con la maternidad, sabiendo aún muy poco de ellas mismas.

Probablemente la socialización de las mujeres sea el elemento que más influye en el gran temor que ellas sienten respecto a su crecimiento, del que tardan más tiempo en recuperarse que los varones.

A través de sus expresiones se puede observar un cierto desaliento, pues perciben que su rol sexual las ubica en desventaja. Ellas reconocen y protestan por el machismo y la diferencia en el trato familiar, que nos les permite acceder a otras posibilidades de socialización. Pero, finalmente, su queja deviene en resignación: actitud que encubre un gran resentimiento hacia los varones, pero también hacia su propio género en la figura de la madre, quien desde su percepción «permite» esta situación.

Juanita, una joven migrante en uno de estos pueblos grandes, que trabaja con sus «padrinos» en labores domésticas señala:

«Yo no he conocido a mi padre, mi mamá me ha mandado aquí. Ella ni sabe lo que paso aquí, ella tiene dos varoncitos menores que se han quedado. La vida de las mujeres es más sufrimiento, abusan de ti. ¿qué vamos a hacer?...»

La sensación de orfandad aparece permanentemente en las mujeres. Parece ser que parte de las necesidades de apoyo y de reconocimiento necesarias para el desarrollo de la propia personalidad no han sido cubiertas, por tanto se sienten más inseguras y sufridas.

Escuchando las historias de infancia referidas por algunas adolescentes, observamos que el vínculo madre-hija se orienta a la exigencia. Las mujeres deben aprender a tolerar y a sufrir.

SILVIA OCHOA RIVERO

«Calladita no más tenía que hacer las cosas. Mi mamá me hacía cocinar y ayudarla desde chica y hacerme alcanzar el tiempo para las tareas...»

En la adolescencia, el vínculo entre mujeres es crucial en la construcción de la imagen femenina. La seguridad y la aprobación social se nutren con la presencia de «una igual» como un referente con quien compartir deseos, penas y decisiones. En las relaciones entre mujeres existe un lado positivo y enriquecedor de mutua cooperación y constancia, especialmente si las otras condiciones sociales y afectivas se mantienen.

El grupo de mujeres permite que ellas se sientan menos intranquilas y amenazadas por la presencia masculina. Posiblemente por esta razón, en algunos talleres con púberes, las mujeres fueron las primeras en proponer que el grupo mixto se divida por género. Luego, en la dinámica, reconocieron que preferían ventilar sus dudas sólo entre ellas.

Las cualidades de recibir, acoger, proteger y atender a otros, atribuidas a lo femenino, se hicieron evidentes en los grupos de mujeres, quienes pudieron conservar un sentido de permanencia en el trabajo de grupo.

Sin embargo, al ser más estrechas las relaciones y compartirse algunas intimidades, se suscitaron también sentimientos de envidia, competencia y culpa, que podían desconcertar tanto como los sentimientos en relación al sexo opuesto, y que no siempre pudieron manejarse y comprenderse.

Las opiniones de algunas adolescentes sobre lo femenino presenta el estereotipo tradicional y antagónico de «mujeres buenas y malas». Es notable que, a pesar de su interés por trabajar el tema, existe rigidez y escisión al hablar de lo femenino. Desde nuestra lectura, los sentimientos positivos y negativos generados en la relación entre mujeres pueden permitir una integración de estas polaridades y son importantes pistas para comprender los cambios en la significación de lo femenino.

PERCEPCIONES SOBRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

De otro lado, es notable la manera como algunos aspectos ideológicos de la modernidad han ingresado en las provincias. Los mensajes que transmiten los medios de comunicación muestran que mientras más occidental y desinhibida es una mujer, más oportunidades de ascenso social tiene. En contraposición, la socialización de las mujeres sigue orientándose a controlar sus deseos y a callar. Frente a estos dos mensajes existe aún un puente por construir.

JUVENTUD Y ADULTEZ: DOS GENERACIONES EN RELACIÓN Y EN CONFLICTO

En la vida de las provincias y las pequeñas ciudades intermedias, como podríamos calificar a estos pueblos grandes, el crecimiento de los jóvenes genera en los adultos sentimientos diversos y ambivalentes. Por un lado, muchas expectativas en relación al futuro individual, familiar y comunal; de otro, nostalgia por lo que va quedando atrás con el desarrollo de los adolescentes.

«De donde sea he sacado, todo para mis hijos. Ahora ya están grandes.... ya no es como antes, en la calle no más quieren estar, después se casarán... o se irán también».

Es fácil imaginar la manera como muchos padres de familia se han encargado de transmitir a sus hijos que una meta importante en la vida es educarse para ser considerados socialmente y no sufrir las dificultades que ellos atravesaron.

Sin embargo, una gran cantidad de malestares de la juventud no quedan resueltos con el desarrollo de estas dimensiones. El desconcierto que experimentan los jóvenes respecto a su identidad sexual, lo que significa ser varón o mujer y lo que supone enfrentar una relación hetero-

SILVIA OCHOA RIVERO

sexual, generalmente, son aspectos de mucha preocupación, pero entregados al destino, a la fantasía de encontrar una pareja buena, que con su presencia solucione estas preocupaciones.

El enamoramiento en las provincias suele ser clandestino. Está prohibido oficialmente por los padres, hasta cuando estén en condiciones de mantener una familia, lo cual implica para el joven que el enamoramiento es igual a matrimonio, no conocimiento ni relación. El temor y las fantasías sobre la sexualidad de los jóvenes niegan el reconocimiento de un aspecto de la vida natural de las personas. Muchos sinsabores de los adultos son proyectados en los jóvenes, por ello no cuentan las cualidades personales de la pareja, sino fundamentalmente la formalidad de la relación.

Es conocida la fuerte dificultad y desconcierto que experimentan los padres para dar información y compartir experiencias en torno a la sexualidad. Está negado el aspecto del placer en la sexualidad. La prédica tradicional da una visión negativa y culposa de la sexualidad, por ello los padres aún encuentran dificultades para dar orientación sexual a sus hijos y existe poca confianza y entrenamiento para abordar aspectos afectivos.

El doble mensaje que transmiten los padres podría ser: «no seas como yo, pero no hagas nada que yo no apruebe». Esto es especialmente cierto frente al manejo de su sexualidad. La valoración de los padres frente a la educación ha devenido en un arma de doble filo. Los valores de la modernidad han sido transmitidos a través de la educación y los medios de comunicación, y se confrontan con los valores tradicionales inculcados por la familia.

En este sentido, los adolescentes y jóvenes provincianos enfrentan un difícil reto: hacer una síntesis entre la tradición y la modernidad para llegar a una definición de su propia identidad en todos los niveles. Esto supone indagar en sí mismos e integrar experiencias, valores e ideales en la construcción de un proyecto personal.

PERCEPCIONES SOBRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

La familia no siempre está preparada para ver los cambios en sus hijos y acompañar este proceso. Por su parte, los jóvenes llegan a percibir al pueblo de origen como el centro de control con el que hay que romper a través de la migración para «superarse». En este sentido quedarse en el pueblo puede ser vivido como un acuerdo con el tipo de vida que allí predomina.

La migración, tema traído a la discusión por los jóvenes, es percibida como posibilidad de realización y progreso. Neutraliza temporalmente la confrontación generacional e ideológica y, por tanto, tiene ganancias para ambas partes. Sin embargo, no todos los jóvenes asumen esta situación como un alivio o una superación. En algunos casos los jóvenes se sienten «expulsados del nido», enfrentados a una sociedad fragmentada para la que no están preparados emocionalmente. Frente al desarrollo de su identidad sexual y a las relaciones entre género, muchas de las imágenes sobre lo femenino y lo masculino se verán afectadas por esta nueva socialización.

Incluso los jóvenes que permanecen en la provincia observan que fuera de su familia cada vez es más frecuente la aparición de varones y mujeres que intercambian roles laborales y logran hacerse un espacio social. Muchos de ellos han contemplado frente a la televisión importantes cambios en los roles sexuales en otros espacios geográficos, occidentales y urbanos.

Dentro de la provincia, a pesar del «cambio de roles laborales», a nivel ideológico muchos criterios respecto al rol femenino y masculino no han cambiado, por lo cual la relación familiar mantiene una estructura jerarquizada y autoritaria en la que el varón toma las decisiones de la familia.

En este contexto algunos jóvenes siguen las pautas de relación aprendidas desde la niñez, mientras otros se preguntan hasta dónde pueden optar por un tipo de conducta sin la presión de la costumbre social.

El conflicto está presente en la relación con los adultos; sin embargo, muchos jóvenes justifican y com-

SILVIA OCHOA RIVERO

prenden que hay actitudes familiares que se reproducen:

«No podemos reclamarles a nuestros padres, porque en el campo ellos también vivieron así... A mi mamá, mi abuelo le pegaba cuando la veía conversando con un varón».

Frente a esta constatación, se percibe un tono melancólico en los jóvenes. La vida de sus padres se mezcla con sus propias vidas en un continuo y no termina de diferenciarse, de rescatar y reconocer sus propias experiencias y oportunidades.

La imposibilidad de expresar la cólera y la discrepancia con los padres genera en muchos casos parálisis: «no podemos reclamar», señalan los jóvenes. Lo que no se preguntan es: ¿qué cosa sí se puede hacer?.

En medio de estas fantasías, contradicciones y prejuicios propios de familias tradicionales, muchos jóvenes en las provincias se cuestionan y quieren prepararse para no llegar a cometer las equivocaciones que achacan a muchos de sus padres. Por ello demandan, cada vez más, espacios en donde poder plantear sus inquietudes. Buscan referentes confiables, personas o instituciones que los comprendan y orienten frente a sus relaciones con otros jóvenes. Muchos de ellos ven en la iglesia y en los grupos juveniles cristianos esta posibilidad. De ahí la importancia de la conducción y el enfoque de estos grupos en el desarrollo social y moral de los jóvenes.

Bibliografía

- ANDERSON J. y Carmen LORA
1989 «La identidad femenina en el contexto de la sociedad peruana. Dos balances sobre lo avanzado en la investigación social desde la perspectiva de la antropología y la psicología». Lima, Separata Fomciencias.
- DE LA CADENA, Marisol
1985 «La comunera como productora». En *Allpanchis* No 25. Año XV, Vol. XXI. Cusco.
- FULLER, Norma
1993 «Dilemas de la femeneidad: Mujeres de clase media en el Perú». Lima, PUC.
- HARRIS, Olivia
1985 «Una visión andina del hombre y la mujer». En *Allpanchis*, No 25. Año XV, Vol. XXI. Cusco, IPA.

SILVIA OCHOA RIVERO

- PONCE, Ana, Manfil FRANCKE et al.
1985 *Hogar y Familia en el Perú*. Lima, PUC.
- RAGUZ DE ROMAÑA, M.
1992 *Identidad femenina y roles*. En: Seminario «Identidad, Maternidad, Sexualidad y Planificación Familiar». Movimiento Manuela Ramos/ INNPARES.
- SARA-LAFOSSE, Violeta
1978 *La familia y la mujer en contextos sociales diferentes*. Lima, PUC.